

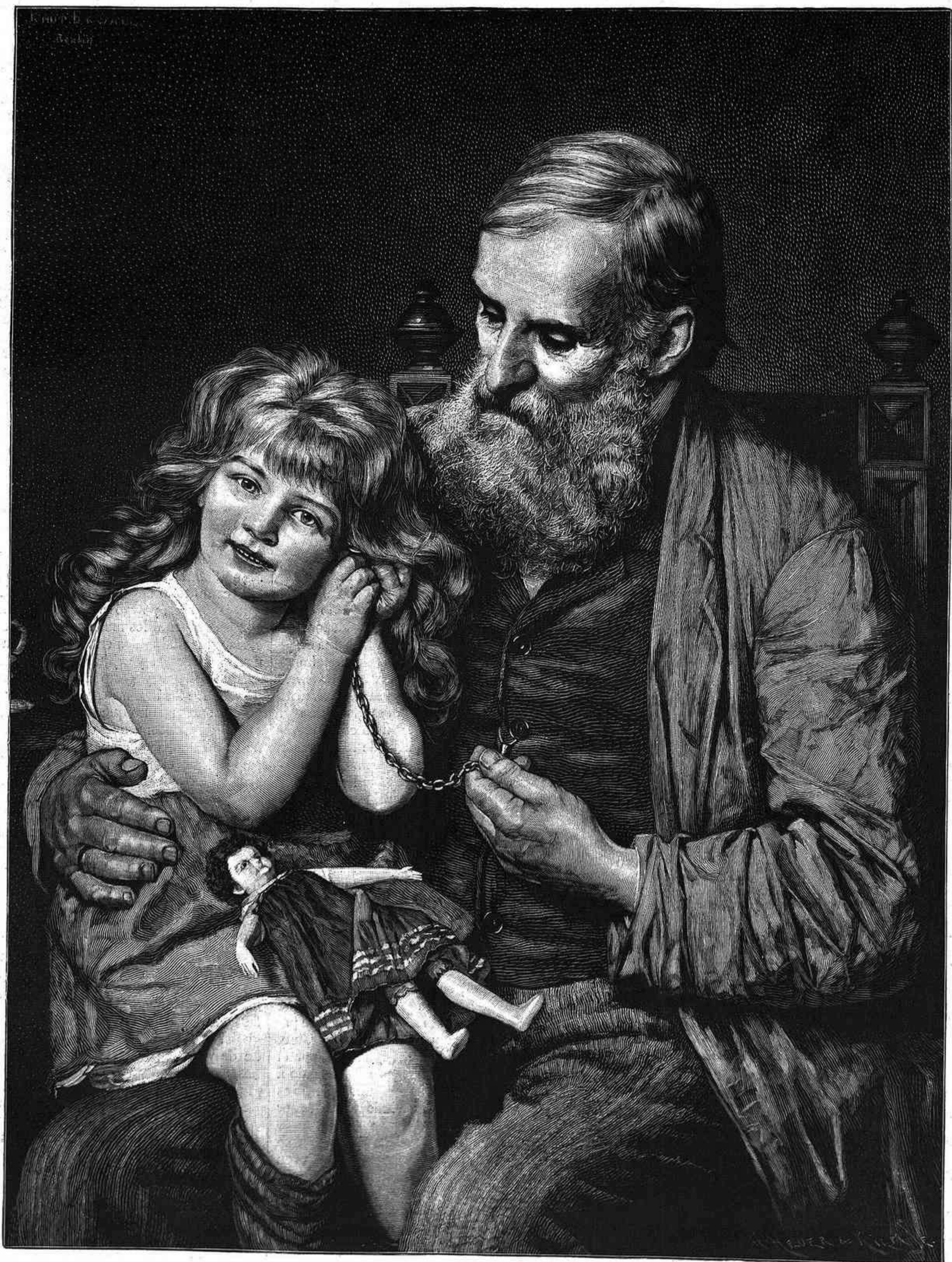
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 14 DE JUNIO DE 1886→

NUM. 233

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIC-TAC..., cuadro de Canuto Etwall

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—La linterna mágica, por don Luis Mariano de Larra.—El ramo de margaritas (continuación), por don F. Moreno Godino.—Las custodias góticas de nuestras iglesias, por don Francisco Giner de los Ríos.—Viaje á Filipinas, por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—Tic-tac..., cuadro de Canuto Etwall.—Apunte, de Neuville.—Modelo en yeso, de Sir. Leighton.—Apunte, de Daniel Chodowiecki.—Apunte, de E. Obón.—Regreso del prado, cuadro de J. Grunenwald.—La Dieta de Augsburgo, cuadro de W. Lindenschmit.—El mejor jurado.—En ausencia de..., cuadros de Lengo.—La ranchería de Mani.—Puente de bambú sobre el río Tagulaya.

NUESTROS GRABADOS

TIC-TAC..., cuadro de Canuto Etwall

He aquí una escena vulgar, un grupo común, un asunto realista, como se ha dado en decir modernamente. Y sin embargo, he aquí, también, cómo cabe en lo vulgar poesía, en lo común elegancia, en lo realista elevación y sentimiento.

El bueno del abuelo presta el reloj á su nietecita para que ésta se distraiga con el acompasado rumor de la diminuta máquina, que pega á su oído. Esta inocente manera de entretener á los niños es cosa tan corriente, que el asunto del cuadro de Etwall apenas pudiera ser tomado en serio por quien careciese de las grandes condiciones de ejecución que tiene aquel artista. Con todo, de él resulta un lienzo simpático, más que esto, resulta un estudio admirable. La expresión ruda, dura tal vez, del anciano, se halla suavizada por cierto goce íntimo, por cierto placer de noble condición que experimentan aquellos cuya vida acaba al ponerse en relación con aquellos en quienes la vida empieza.

El semblante de la niña es precioso y expresivo; en él se refleja la sorpresa, la curiosidad y aquella primera reflexión de la infancia que busca incansablemente la causa de lo desconocido. ¿De qué proviene el tenue y acompasado rumor que hierre sus oídos? He aquí la pregunta que se formula esa tierna criatura, pregunta que dirigirá acto continuo á su abuelo y que éste contestará imprudentemente atribuyéndolo á una causa inexacta. Nunca hemos podido comprender la costumbre de falsear la razón de los niños, dándoles explicaciones necias ó maravillosas de aquello que las tiene ciertas y naturales.

El cuadro de Etwall, de difícil ejecución por lo mismo que representa una escena trivial, es un modelo de naturalidad que no puede confundirse, empero, con el realismo anti poético y anti artístico de ciertos pintores olvidadizos de que donde no hay belleza no hay arte.

APUNTES ARTÍSTICOS

Nuestros favorecedores habrán observado el merecido valor que damos á los apuntes de distinguidos pintores, apuntes que en breve espacio contienen primores, á menudo de primer orden. Entre los que hoy publicamos los hay de autores tan reputados como Neuville, Obón, Chodowiecki y Leighton, y en todos ellos se echan de ver las condiciones especiales, la fisonomía de esos maestros.

REGRESO DEL PRADO, cuadro de Grunenwald

Nos hallamos en presencia de un verdadero idilio. El anciano pastor y la niña gentil han pasado el día en el campo, apacitando su rebaño. Lejos del bullicio del mundo, tranquila la conciencia, ante el espectáculo de la naturaleza que habla al sentimiento de la obra de Dios, han bendecido á la Providencia, compartido la frugal comida y juntado sus oraciones de gracias por las mercedes recibidas; jellos que al parecer tienen tan exigua parte del patrimonio del mundo!

Y á la caída de la tarde, cuando el sol parece despedirse tristemente de los campos, como el enamorado se aleja tristemente de su amada, aun cuando sea por breves horas; el anciano y la niña han emprendido el camino de su cabaña á los agrestes acordes del caramillo rústico, el instrumento en que el pastor ejecuta el canto peculiar de las montañas que le rodean.

Todo en esta composición es apacible, el campo y el cielo; todo parece invitar al recogimiento propio del crepúsculo vespertino: cualquiera que se fije por un momento en esta obra de arte, si el mundo ha agitado su espíritu, ha de suspirar por esa calma placida, ha de enviar esa soledad que eleva la mente á regiones puras, serenas, más próximas al cielo.

Cuadros que, como el de Grunenwald, elevan el pensamiento á tan nobles esferas, llenan cumplidamente una de las más nobles misiones del arte.

LA DIETA DE AUGSBURGO, cuadro de Lindenschmit

Los hechos de Lutero han servido de argumento para muchos cuadros; pero en todos ellos desentona la figura del herejara, que en la época de su celebridad tenía bien poco de artística. Su obesidad y lo vulgar de su semblante le hacen generalmente poco á propósito para servir de personaje culminante en una obra bella; y demostró buen gusto el autor del cuadro que publicamos, ya que se inspiró en la vida de Lutero, eligiendo el asunto de la Dieta de Augsburgo, que se celebró cuando aquél tenía solamente treinta y cuatro años y la lucha y la pasión no habían transformado aún la naturaleza del joven agustino, en mal hora disidente de la Iglesia.

Como obra de arte, el cuadro de la Dieta está perfectamente concebido y ejecutado con pleno dominio del asunto. Las figuras se hallan agrupadas con habilidad y los tipos estudiados con talento. Así, por ejemplo, es imposible confundir al cardenal italiano con los teólogos alemanes: su tipo, sus maneras, la impresión externa que determina en él la conducta del herejara son distintas de las de aquéllos. Mientras los teólogos parecen solamente jueces ávidos de recoger las declaraciones de un acusado, el legado pontificio contempla al disidente cual si presintiera todas las consecuencias de la naciente protesta del joven agustino. En suma, *La Dieta de Augsburgo* es un cuadro no común, para el cual se necesita mucho aliento y grandes facultades de ejecución.

EL MEJOR JURADO.—EN AUSENCIA DE..., cuadros de Lengo

No conocemos al autor de esos cuadros; es el Lafontaine artístico de las palomas; y pues tanto las ama, debe tener un corazón sin hiel, como lo tienen aquellas aves, si asentimos á ciertos versos de Zorrilla.

Lengo ha compuesto con palomas, idilios, comedias, dramas y hasta tragedias. Romeo y Julieta, Otelo y Desdémona, lo más tierno, lo más cómico, lo más sublime, ha adquirido forma de paloma, mediante el pincel de Lengo. Giacomelli conoce la vida y costumbres de los pájaros en general; Lengo debe conocer *el alma* de las palomas en particular. Imposible parece que con tales personajes pueda componer tan interesantes escenas.

Artista genial, es Lengo una maravilla de ejecución en su especialidad. Pero como ésta necesita accesorios que completen la ilusión, tal como el autor se ha propuesto causarla, distínguese nuestro artista por la habilidad que demuestra en la reproducción de estancias, muebles, adornos y toda clase de chucherías, más ó menos importantes, pero ejecutadas siempre con una exuberancia de recursos que raya en prodigalidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LOS ALPES BÁVAROS,

Vistas copiadas del natural por J. J. Kirchner

Ha llegado la ocasión de hacer maletas. El calor y la moda echan de casa á los que todavía tienen dinero. Los *touristes* amigos del bullicio y de las aventuras se dirigen á las playas francesas, donde no se bañan, y á ciertos lugares de aguas renombradas... por el mucho champagne que en ellos se bebe y el mucho dinero que se juega.

Los amantes de la naturaleza se dirigen á los Alpes. Alabamos el gusto de estos últimos.

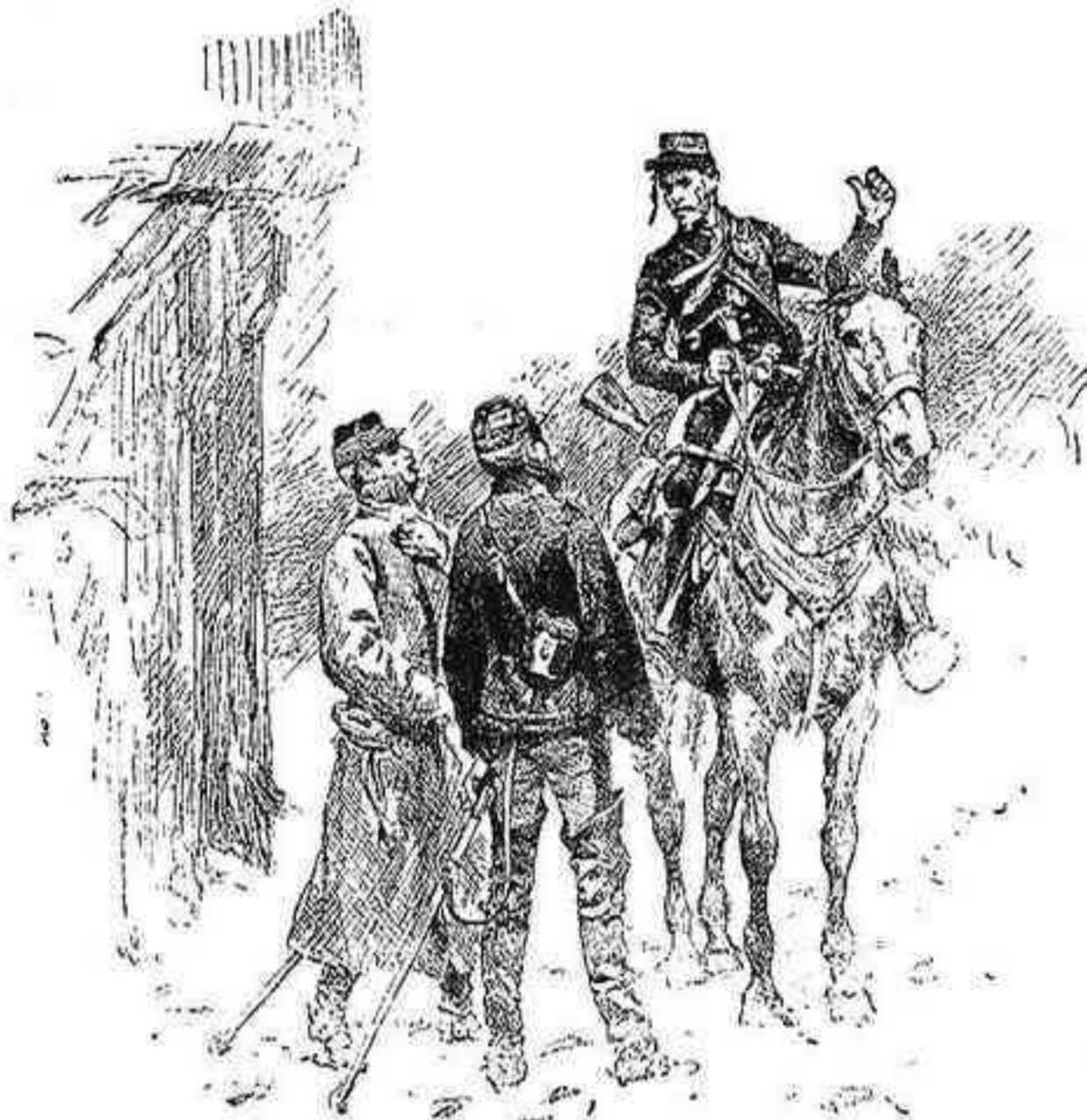
Como muestra del espectáculo alpino pueden nuestros suscritores recrearse en el *Suplemento Artístico* del presente número.

Si á la vista de tantos cuadros, ya imponentes, ya apacibles, pero siempre bellos, se sienten tentados á comprobar la verdad, no resistan á la tentación. Pocas veces habrán empleado mejor un verano.

Pero cuando se dirijan á los Alpes bávaros, eviten el paso por los Alpes suizos.

Porque de lo contrario, Baviera corre peligro de quedarse sin visita.

Esto no impide que los Alpes bávaros sean preciosos, como la existencia de rubias muy bellas no impide que haya morenas muy bonitas. Lo mejor, cuando no se trata de mujeres, es quedarse con las morenas y con las rubias: un verano en los Alpes suizos y otro verano en los Alpes bávaros.



APUNTE, de C. de Neuville

LA LINTERNA MÁGICA

Cuento fantástico

I

En un pueblecito de las montañas de León, vivía á fines del pasado siglo un sabio, de los más sabios que por aquella época andaban por el mundo; ó mejor dicho, se escondían del mundo; tanto porque de verdaderos sabios ha sido siempre huir de las vanidades y estrépiteo mundanos, cuanto porque el oficio de sabio, en España sobre todo, ha tenido siempre muchísimas quiebras. El tribunal de la Santa Inquisición aun extendía sus verdes ramos por la católica tierra española, y todavía su sarcástico escudo de oliva y palma adornaba más de un pecho cortésano y más de un cuello poderoso; y aunque ya no era el terrible tribunal del glorioso reinado de Carlos II, todavía y de cuando en cuando se permitía quemar á alguna bruja que otra, y azotar por calles y plazas á más de un químico atrevido ó de un filósofo irreverente. Con la *Inquisición... ¡chitón!*... decía el pueblo español á guisa de refrán; y físicos, astrónomos, matemáticos y toda esa gente de mal vivir y de bien pensar, adoptaban el silencio como medida preventiva para librarse de las garras de familiares y expurgadores. Había aún cada fraile exorcista que cantaba el credo, y era cosa corriente y práctica santa, andar con el hisopo y el agua bendita á vueltas, tanto para librar la casa de ratones y correderas, como para echar de cuadras y desvanes á duendes atrevidos ó á diablos tercos y libidinosos. Por estas razones, y por la modestia natural que acompaña siempre á la verdadera sabiduría, el sabio de quien hablamos, vivía retirado en un pueblecito de las montañas de León, á fines del pasado siglo. Pero así como por el hilo se saca el ovillo, y por el *tufu* del puchero que hierve á la lumbre del fogón casero, se adivina si la cena que nos aguarda es estofado de vaca ó guisado de coles, así en los más pequeños actos de la vida del sabio en cuestión, se adivinaba su profunda sabiduría. Y tanto, y tan de gente en gente corrió, aunque en voz baja, la fama del buen hombre, que olvidándose poco á poco de su nombre de pila y de su vulgar apellido, todos dieron en llamarle el *doctor Merlín*, nombre por el cual le conoceremos nosotros, y único que ha llegado á nuestra noticia. El doctor Merlín tenía familia, que no es gran prueba de sabio por cierto, y era viudo además: peor prueba aún de sabio, si como es natural, para llegar á viudo había sido antes casado; y quería á su hija y á su sobrina más que á las niñas de sus ojos; y á un muchacho joven y travieso que con ellos vivía, más que á los ojos de sus niñas, disparates todos que probaban su buen corazón, pero que no hablaban muy en favor de su vasta ciencia y profundos conocimientos filosóficos y psicológicos. Llamábase su hija, María; nombre impecable que llevan en el mundo miles de pecadoras; y su sobrina, Rosa; bonito nombre para quien tiene de quince á veinte años, y sarcasmo risible para las que pasan de cuarenta años. Ambas eran jóvenes y lindas, en la época en que

las colocamos, y sus caracteres encontrados (triste y pensativo el de la primera, y jovial y alborotado el de la segunda), eran el claro oscuro de aquellos días de paz y de esperanza que formaban la venturosa existencia del sabio Merlín. Pero como no hay dicha completa en este mundo, ni creo que en ningún otro, el diablo, que todo lo enreda (y aquí viene de perilla la utilidad de la Inquisición), trajo á aquella casa pacífica á un muchacho travieso, ambiciosillo y alborotado y á un su amigote compañero de Universidad y de correrías mundanales. Llamábase el primero, Carlos, y el segundo, Colín; nombre más de perro que de persona, pero que justificaba el cariño tenaz y entrañable afecto con que servía y amaba á su compañero y amigo. Como este cuento, es no sólo cierto, sino verosímil, á pesar de ser fantástico, no extrañarán mis lectores que Carlos se enamorara de María, y Colín de Rosa; y menos extrañarán aún, que María correspondiera á Carlos, y que Rosa se muriera por los pedazos de Colín. El sabio Merlín adivinó estos amores; que no se necesita ser muy sabio para adivinar que dos muchachos y dos chicas han de quererse viéndose á menudo y siendo unos y otros jóvenes y guapos; alegróse interiormente é hizo la vista gorda; vista muy de sabios para evitar cuestiones; y todos vivían en paz y en gracia de Dios, dejando pasar el tiempo, y esperando los chicos el feliz momento, en que dos bodas por amor llegaran á hacer de aquella modesta vivienda un paraíso abreviado de cariño y de delicias.

Pasaron muchos días, varios meses y algún que otro año, y por fin señaló para celebrar ambos matrimonios, el día en que cumpliera un año de la conclusión de la carrera de ambos pretendientes. Estudiaba el primero para abogado y el segundo para médico. Estudios ambos que con el de boticario y escribano, constituían las únicas carreras á que por entonces aspiraba la juventud masculina en España. Para la carrera militar bastaban empeños de camaristas y frailes, y para la carrera eclesiástica no se necesitaba más que recomendaciones de azafatas y generales. Carlos acabó, mal que bien, de entender el *digesto* y de hacerse licenciado *in utroque jure*, y Colín no pudo jamás entender á Avicena ni comprender á Galeno; ignorancia que hubiera podido conducirle á ser un gran médico, si para ejercer la medicina no le hubieran hecho falta títulos académicos. Insistióse, sin embargo, en lo de la boda, y quedó concertado en que ésta se efectuaría al año justo de la fecha del título de Carlos. Y cátese á los dos futuros esposos, con un año por delante de libertad y soltería, y á las dos futuras con doce meses de impaciencia y de temores. ¡Qué año aquél para el sabio! ¡Qué de planes concertó y deshizo el doctor Merlín! ¡qué de proyectos para lo futuro! ¡qué cálculos para los tiempos vástagos que de seguro habían de nacer de aquellos bien concertados consorcios! ¡Lo malo fué que Carlos y Colín diéronse á corretear por campos y aldeas: de bailes en romerías, y de fiestas en jaranas, no daban á su vida tregua ni reposo, y más de otra María y de otra Rosa tuvieron que llorar los atrevimientos del uno y las sencilleces del otro. Canciones y bailoteos, serenatas y peticiones, juegos lícitos é ilícitos, riñas y galanteos, todo les pareció poco á aquellos esposos en ciernes; y como es natural, fuéronse poco á poco olvidando de sus compromisos y de sus cartas amorosas; diéronse á llorar las olvidadas Rosa y María, y dióse á todos los diablos el sabio Merlín.

Y como todo llega en este mundo, llegó el día marcado para las bodas; y llegó con él la más inesperada peripecia que registran los anales de aquellos días. Cariacotizados y meditabundos entraron en casa del doctor los dos novios; carilargas y cejijuntas los esperaban las novias y con cara *feroce* y gesto avinagrado los recibió el sabio Merlín. De las mutuas explicaciones y de las quejas de unos y otros resultó que María rechazó abiertamente la mano de Carlos; y que el *Sabio*, fundándose en que el novio no estaba aún en sazón para marido, le invitó á pasearse por el mundo durante algún tiempo, prometiéndole dinero y recomendaciones para su viaje. «Si al cabo de dos años más,—le dijo,—sigues pensando en mi hija y vuelves á esta casa en busca de la paz y la felicidad que hoy no mereces, aquí te esperaremos tan leales y cariñosos como nos dejás. Si te matan por esos barrios, ó si la suerte te lleva por otros caminos, Dios te ayude y hasta nunca!...

—Francamente,—contestóle Carlos,—V. y María provocan con la suya mi franqueza. Yo amo á su hija, se lo juro: pero cuando pienso en mi modesta posición y veo que el hombre puede conquistar la fortuna, envidio á los ricos y siento despertarse en mí la ambición del lujo y las riquezas. Cuando veo que un hombre puede, con su valor ó su talento, hacerse célebre y lograr el aplauso de las gentes, ¿cómo no he de ambicionar la aureola de la gloria? Y cuando considero por fin, que desde mañana he de vegetar por siempre en esta aldea, sin aspiraciones, sin horizonte, sin porvenir, salta mi corazón dentro el pecho y ambiciono el poder y me abrasa la sed del oro, de la gloria y de los placeres.

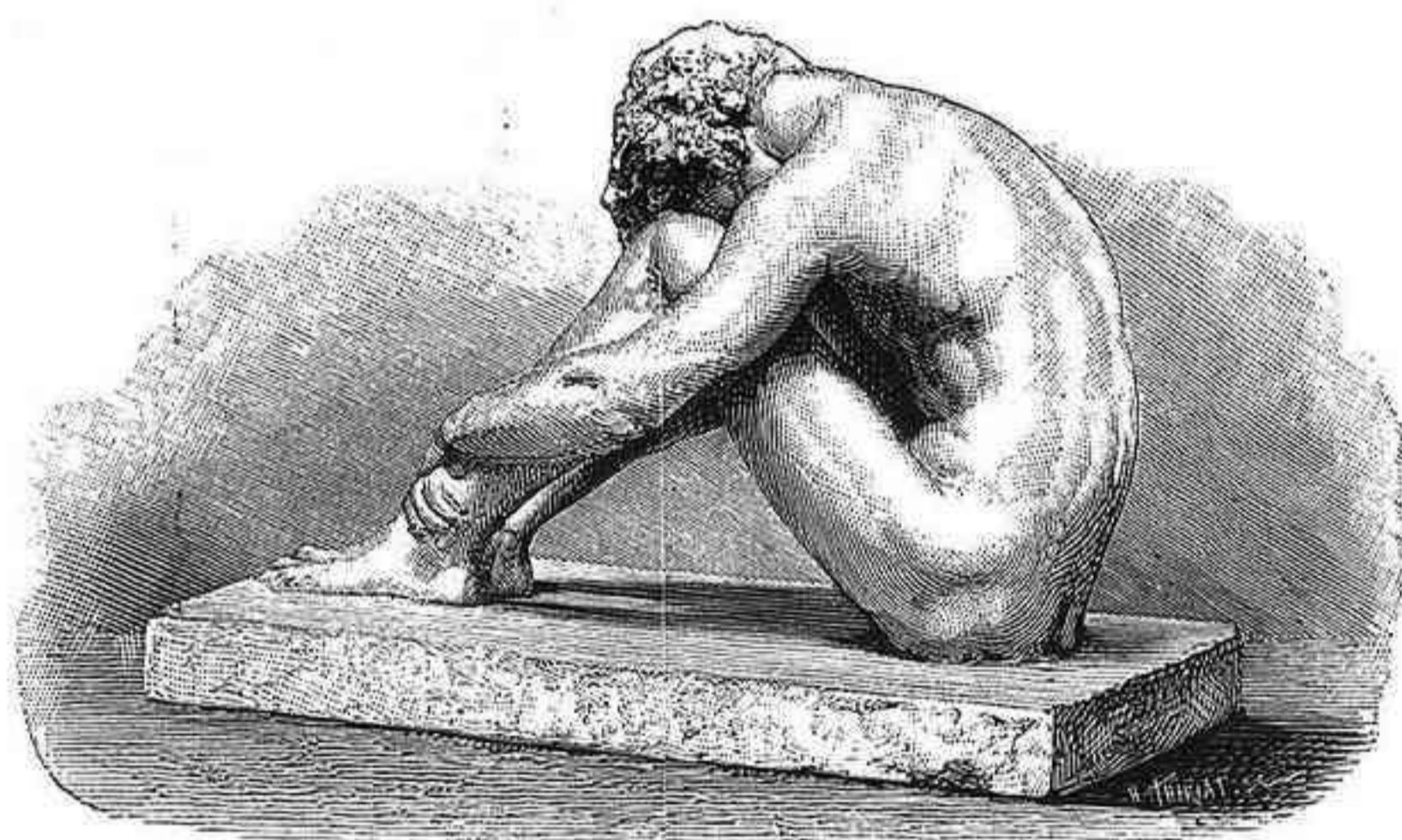
—Pues á buscarlos, hijo, á buscarlos,—contestóle el sabio;—despidete de mi hija, y vé á mi laboratorio. En él te espero para darte mis últimas instrucciones.»

María rompió en llanto y marchó á encerrarse en su habitación, sin querer escuchar las protestas de amor que Carlos la dirigía. El Doctor se fué tras de su hija, y Colín apareció riñendo con Rosa, y recibiendo de ésta por vía de despedida una serie no interrumpida de pellizcos y arañazos: porque es de advertir que enterado Colín de lo que ocurría, decidió *ipso facto* acompañar á Carlos por esos mundos de Dios, y dejar también vestida y sin novio á la linda Rosa. Y dicho y hecho: Rosa fué á buscar á su

prima y Carlos y Colín se encaminaron al laboratorio de Merlin, donde éste debía esperarlos. Y ya ven Vds. si el doctor Merlin sería sabio, cuando tenía su laboratorio: cosa reservada en todos tiempos para magos, alquimistas y astrólogos. ¡Y qué laboratorio! Vamos a tener el gusto de llevar á él á nuestros lectores, en la seguridad de que por poco simpática que les haya sido la Santa Inquisición, no podrán menos de confesar que había razón más que sobrada, para que á ser conocido aquel *antro de sabiduría humana*, hubiera tenido el sabio Merlin que ver y que sentir con el católico tribunal divino.

II

Retortas, alambiques, crisoles; caimanes y culebras disecadas y colgadas por las paredes: libros de coro colocados en facistol enorme; sillones de cuero de Córdoba; tapices con figuras de la Mitología griega; ánforas romanas; botijos y cacharros de Talavera; arcones árabes y bargueños: aquello más que despacho ú oficina de sabio leonés, parecía una tienda de objetos de arte, ó estudio de pintor del último tercio del siglo XIX en que vivimos. Si hoy con todos esos chirimbolos hay para admirar el lujo ó el dinero modernos, á fines del siglo pasado había para chamuscar á cien sabios juntos. Y lo que más llamaba la atención, por lo extraño de su forma y lo desconocido de su objeto, era una gran linterna que ocupaba el centro de una mesa de malaquita, y una inmensa botella conteniendo un licor extraño, fabricado con yerbas aromáticas y de un sabor muy parecido al que saben dar hoy al suyo unos frailes trasconejados en la gran Charteuse. Al lado de la linterna había una docena de cristales planos y pintarrajeados; y al lado de la botella dos copas de ágata de forma extraña y de talla incomparable. Penetrar en el laboratorio Carlos y Colín y aparecer el sabio fué una misma cosa. Hiciéronse lenguas los primeros de aquella habitación sorprendente y Merlin los obligó á sentarse. Hablóles de su viaje; dióles dinero para afrontar los primeros gastos de aquella expedición aventurada, y con el objeto de demostrarles que no les guardaba rencor por aquella mala partida, llenó las dos copas



MODELO EN YESO, de Sir. F. Leighton

con aquel licor extraño y se las dió á beber con demostraciones de afecto y de cariño. No bien las apuraron los inocentes, cuando llevándose las manos á la cabeza, que parecía írseles por el aire, cayeron como desplomados sobre sus sillones. Merlin colocó entonces un cristal en la linterna; encendió una lamparilla que dentro de ella estaba, y en el acto y como por conjuro mágico, apareció en la pared un gran disco luminoso, única luz que alumbró el laboratorio, sumido en todas sus otras paredes en la más profunda oscuridad.

—Despertad y mirad,—dijo Merlin á sus dos comensales, y como si éstos hubieran estado sujetos á una *hypnotización moderna* ó á un experimento somnambúlico de Mesmer, abrieron sus ojos y vieron sobre aquel círculo alumbrado por una luz muy parecida á la luz eléctrica moderna, pálida y temblorosa, lo que verá también el curioso lector.

III

¡Eran ellos! ¡ellos mismos! Carlos y Colín, lujosamente vestidos... rodeados de amigos y admiradores; festejados, victoreados y aplaudidos! Suntuoso palacio era su morada: joyas de gran precio adornaban sus trajes, y en una habitación cuya puerta estaba cruzada por barras de hierro, altos montones de oro y plata alegraban la vista y el corazón de ambiciosos y avarientos. En suntuoso banquete celebraban tanta riqueza, pues los más exquisitos y extraños manjares se servían en vajillas de inestimable precio, y los vinos y licores brillaban á través de copas y vasos de impalpable cristal de bohemia. De pronto surgieron en el círculo luminoso dos nuevas figuras: eran María y Rosa vestidas de mendigas tirolesas; entonaban tristes canciones y pedían limosna á aquellos ricos señores relatando su abandono y su miseria. Lo más extraño de todo, era que en el ángulo superior de la derecha de aquel cuadro viviente y animado, aparecía con letras rojas un letrero, en el que se leía con caracteres góticos, estas palabras: *El dinero*. De pronto, un resplandor siniestro iluminó todas las figuras. Del cuarto de las barras de hierro comenzaron á salir llamas terribles; el incendio se propagaba con espantosa rapidez; los hombres huían, y el palacio comenzó á desplomarse entre los gritos de angustia de Carlos y Colín que veían desaparecer como por encanto todas las

riquezas. Pocos momentos bastaron para convertir el palacio en un montón de ruinas; y á este cuadro sucedió otro no menos extraño. Era una calle oscura y triste de una ciudad desconocida. Carlos y Colín, con los trajes hechos jirones y semblantes patibularios, perseguían á sus antiguos amigos y aduladores en demanda de protección y amparo. Unos fingían no conocerlos y pasaban de largo: otros los obsequiaban con mohosas monedas de cobre, y todos huían de ellos como de la peste. Parecían sufrir los rigores del hambre y del frío, y pálidos y desencajados llegaron á la puerta de un edificio en cuyo frontón se leía la palabra: *Hospital*. A su puerta cayeron exánimes; y en aquel momento desaparecieron de la pared, figuras, edificio y letreros. Merlin acababa de sacar de la linterna mágica el primer cristal.

IV

Colocar otro menor y aparecer en el foco iluminado un campamento, fué obra de un instante. ¡Ellos otra vez! Carlos vestía el uniforme de capitán del ejército de Carlos XII, rey de Suecia, y Colín, con traje de ranchero, no se hartaba de probar las ollas de rancho. Muchos oficiales ensalzaban el valor de Carlos; un general adornaba su pecho, con una cruz laureada, por sus brillantes hechos de armas; y un ángel, en traje de mujer y con una trompeta muy larga, pregonaba las hazañas del héroe. De pronto el eco del cañón retumbó por el espacio, y generales, oficiales y soldados corrían á ocupar sus puestos. ¡Sangrienta y horrible batalla! El mismo Rey cayó sin vida frente á los muros de Frederischalt y todo su brillante ejército fué ignominiosamente derrotado. En una camilla apareció herido gravemente el capitán Carlos y á su lado Colín llorando, y María y Rosa ¡ilusiones ópticas! con traje de edecanes del Rey curaban al herido. De entre aquellos montones de cadáveres, surgió de repente la figura gigantesca del sabio Merlin, vestido de tambor mayor, y dirigiéndose al pobre Carlos, que parecía próximo á exhalar el último suspiro, le dijo con acento profético y voz estentórea:

«¡Ya lo veis, ilusos! La muerte no respeta ni la juventud, ni el valor! Se sacrifican millares de hombres! Se talan los campos!... se arruinan las naciones!... y todo ¿por qué?—Por la *Gloria!* Un nombre vano! una ilusión! una mentira!»

V

Apenas podía el nuevo cristal contener las figuras dibujadas en él. ¡Qué algarabía! ¡qué confusión! Pocos cuadros hay tan animados como el de un baile de máscaras en el teatro de la Grande Opera de París. Trajes de todas épocas, dominós y capuchones de todas clases; Pierrots y Debardeurs de todos colores. ¡Cuánta mujer! Carlos se veía asaltado por las más hermosas, y Colín no le iba en zaga. A los apretones de manos seguían tiernos juramentos, y á éstos embriagadoras promesas de amor y de placer. Giraban en vertiginoso vals todas las figuras, y la mujer que le había parecido á Carlos más constante, huía burlándose de él, del brazo de otro mortal preferido. Otras engañaban por él, á sus amantes ó á sus maridos y éstos reuníanse á reclamar de Carlos su honra ó su dicha. Colín abrazaba á todas y de todas recibía puntapiés y empellones. ¡Caos horrible de pasiones desbordadas y apetitos sin máscara! En el rincón de una platea, llorando sus esperanzas perdidas y vestidas de luto, invisibles sin duda para aquella multitud ebria de crápula y escándalo, María y Rosa contemplaban avergonzadas aquel cuadro de la decadencia. Atropellados por los ofendidos, Carlos y Colín salían del baile y se dirigían con armas y testigos al bosque de Bolonia. Era de noche aún, y cuando la aurora empezó á alumbrar con su tenue resplandor la *Cascada del bosque*, dos cadáveres yacían en tierra. Eran Carlos y Colín que pagaban con su vida la pasajera dicha de los amores fáciles.

VI

¡Hermoso cristal! Carlos y Colín eran personajes importantes de una nación poderosa. *La voluntad nacional* los había elevado á la cumbre del poder, y manejaban á su capricho la fortuna pública y *la voluntad nacional!* Próceres y magnates se prosternaban ante ellos y como reyes dirigían los destinos de su pueblo. Días sin descanso, noches sin sueño formaban su vida; pero el placer de mandar, la dicha de ser obedecidos, y el fausto y esplendor de la majestad, embriagaban su alma y embotaban sus sentidos. Nada se resistía á su vanidad y su orgullo, y conculcando leyes y ejerciendo tiranías, iban haciéndose aborrecibles al mismo pueblo que los había elevado. En cadalsos afrentosos solían pagar sus rebeliones los hombres valerosos que anhelaban ser libres; y el descontento popular, como sordo volcán escondido en las entrañas de la tierra, parecía amenazar la vida de los tiranos. Y estalló por fin la revolución universal. De nada sirvieron los cañones del poder, ni las bayonetas de la esclavitud. Como arrebatada el simoun la menuda arena del desierto, así el odio popular barre troncos y arrolla monarquías. Asaltado el palacio, derribados los ídolos, y hundido para siempre el edificio de la tiranía al santo grito de libertad, los cuerpos de Carlos y Colín, arrastrados por la multitud ebria de venganza, pregonaron con sus destrozados músculos y sus hediondos y repugnantes

restos que sólo en sangre y fuego suelen concluir el poder y la ambición. Un grito de espanto resonó en el laboratorio. Los verdaderos Carlos y Colín empujaron



APUNTE, de Daniel Chodowiecki

aterrados la mesa, y la linterna mágica del sabio Merlin rodó por el suelo hecha pedazos.

VII

¡Basta! ¡basta! El que tiene la felicidad á su alcance y corre á buscarla en las horribles luchas de la vida es un imbécil. ¡Paz de la conciencia! ¡Dicha de la medianía! Felicidad del hogar doméstico! ¡Sólo vosotras sois la ventura de los humanos! ¡Riqueza! ¡gloria! ¡amor venal! ¡poder! ¡ambición! ¿De qué servís y para qué valéis si la vida del hombre es un soplo y más soplo aún la vanidad humana?

Carlos y María, Rosa y Colín, celebraron sus bodas y fueron todo lo felices que es posible serlo en este valle de lágrimas: y el sabio doctor Merlin, si viviera hoy, saltaría de gozo al ver generalizado en las manos de la infancia, su prodigioso invento, que llamó entonces y se llamará siempre hasta la consumación de los siglos *La linterna mágica*.

LUIS MARIANO DE LARRA

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

Una tarde volvía éste de caza por la cuesta Zulema, y se dirigió hacia una fuente en la que una muchacha estaba llenando un cántaro, la cual al verle venir, azorada quiso marcharse de prisa, tropezó y rompió el cántaro, en ocasión en que llegaba un zagalón que la requería de amores, y que suponiendo algún desmán por parte de Santiago, le increpó con muy malos modos. Pero el joven, tímido con las mujeres, era poco sufrido respecto á los hombres, y valiéndose de la escopeta como de un palo, dió á aquél unos cuantos golpes, que le causaron algunas contusiones y una herida en la cabeza.

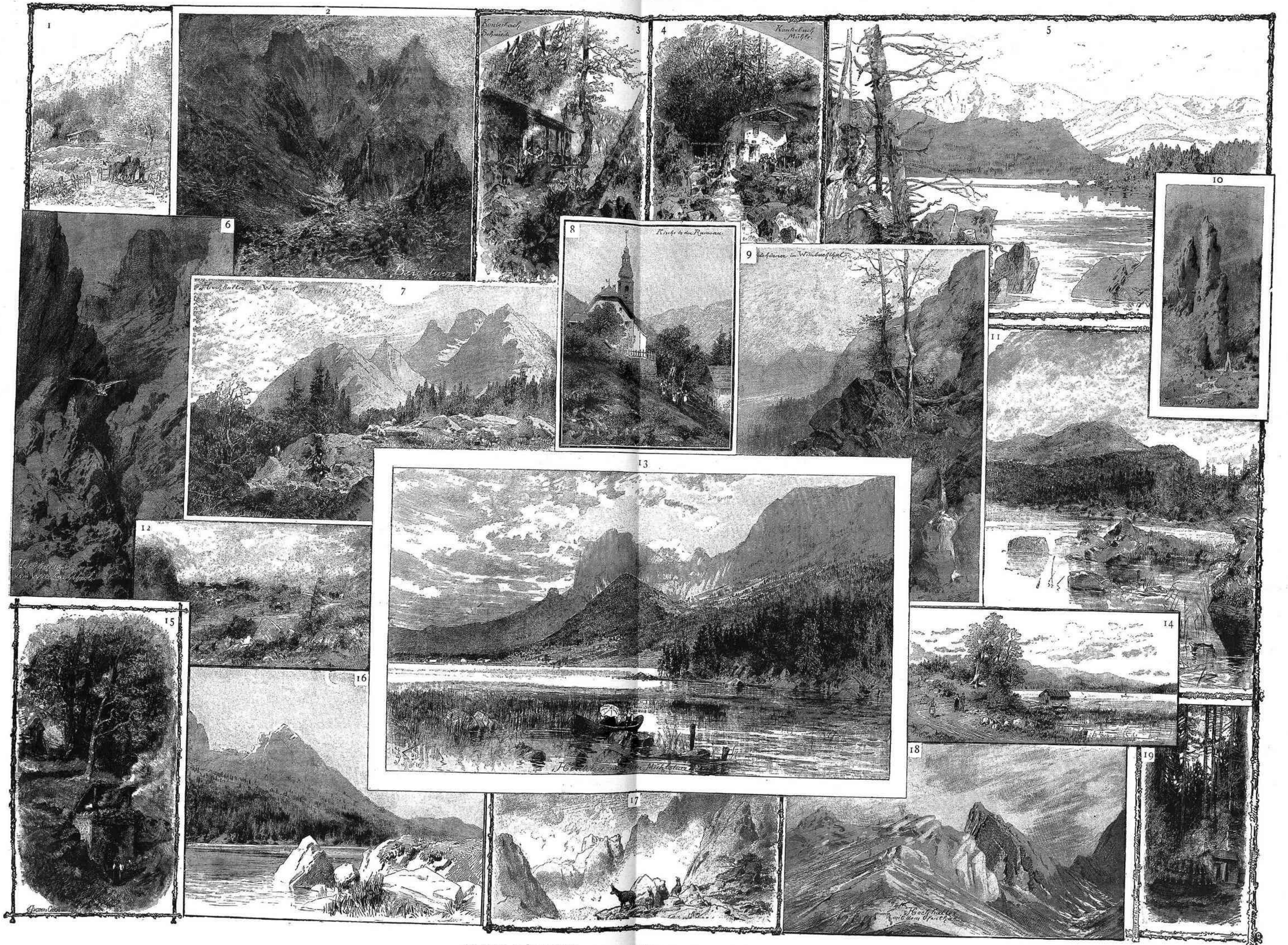


APUNTE, de E. Obón

El general echó tierra al incidente, arreglándolo con dinero; pero desde entonces Santiago fué el *Bú* de los alrededores, y sus calaveradas tuvieron eco en la insigne

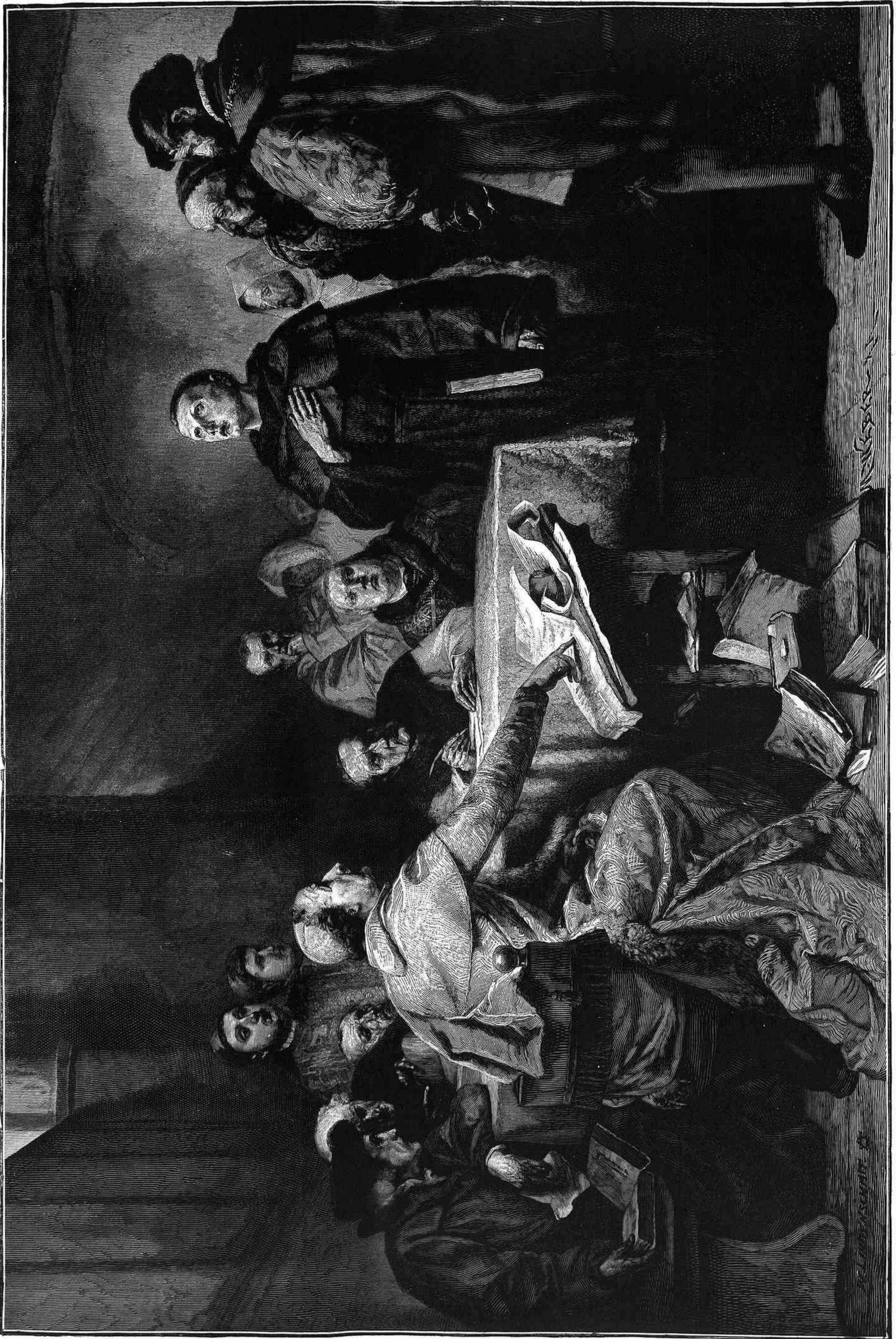


REGRESO DEL PRADO, cuadro de J. Grunenwald



ALPES BÁVAROS.—VISTAS COPIADAS DEL NATURAL POR J. J. KIRCHNER

1. Carretera que va desde Ramsau al lago Hintersee. — 2. Porción de una montaña que se ha desprendido y deslizado al valle. — 3. Fragua á orillas del torrente Kunterbach. — 4. Molino movido por el torrente Kunterbach. — 5. El lago Hintersee. — 6. La barranca del torrente Wimbach, entre los montes Hochkalter (2684 metros) y Watzmann (2740 metros). — 7. La montaña Hochkalter, vista desde el camino de Reichenhall. — 8. Iglesia parroquial de Ramsau, al Norte de la barranca de Wimbach. — 9. Las dos cumbres llamadas «Cuernos del Diablo» y el valle de Wimbach. — 10. Entrada de la barranca del Wimbach. — 11. El lago Hintersee con las montañas llamadas «del Hombre Muerto.» — 12. Solana alpina de Halsalm. — 13. El lago Hintersee y las cumbres de Mühlsturz. — 14. Chozo de barquero á orillas del lago Hintersee. — 15. Horno de cal á orillas del Hintersee. — 16. La solana alpina de Reitalm vista desde el lago Hintersee. — 17. Los picos de Mühlsturz desde el camino de Hirschbühl. — 18. La cumbre de la montaña Hochkalter con el valle de Ofen. — 19. Carbonería á orillas del lago Hintersee.



LA DIETA DE AUGSBURGO, cuadro de W. Lindenschmit

ciudad, patria del Príncipe de los ingenios españoles.

He aquí cómo se crean las reputaciones.

IV

Una mañana, Santiago seguía un camino abierto en un plantío que hay en la falda de la susodicha cuesta Zulema, cuando oyó el ruido sordo y regular del galope de un caballo, y poco después dos jinetes, que apenas pudo distinguir, atravesaron la senda, á alguna distancia.

Luego disminuyó el ruido de las pisadas, como ahogadas por la hojarasca del otoño, que tapizaba el suelo, y momentos después, y casi al lado de Santiago, se presentó una amazona que cabalgaba en un precioso *poney*, gritando en voz clara y juvenil:

— ¡Aquiles, Aquiles, espérate!

Ya sabemos que cuanto más bonita era la mujer que veía, Santiago se turbaba más; no es, pues, de extrañar que en esta ocasión se quedara como petrificado y sin fuerzas para huir.

La amazona era una joven de diez y siete años de edad, poco más ó menos, de facciones delicadas, de ojos expresivos, y no muy alta. Su traje ceñido diseñaba la rara elegancia de su talle, y la agitación de la carrera que acababa de dar, teñía sus mejillas de un color sonrosado.

Se había quitado el sombrero, que tenía en la mano, dejando ver sus cabellos castaños, algo levantados en las sienas; pero lo que más chocaba en aquella encantadora joven era la graciosa viveza de su movable fisonomía y la infantil y expresiva sonrisa, que aun estando seria, contraía sus purpúreos labios.

Miraba al suelo como si buscara alguna cosa, y como tenía la cabeza baja, Santiago se atrevió á fijar en ella durante un momento sus ojos espantados; pero al incorporarse aquella, el tímido joven retrocedió, y una rama le derribó el sombrero, que alzó del suelo, precisamente en el momento en que la amazona reparó en él, y creyendo que la saludaba, le devolvió el saludo diciendo:

— ¿Ha encontrado V. por casualidad un látigo que he perdido? — y luego repuso sonriendo: — Dispense V. la pregunta... pues parece como que le pido que lo busque.

Santiago, muy conmovido, halló un pretexto para ocultar su turbación, inclinándose como para buscar el objeto perdido, y fué tan feliz ó tan desgraciado, que le encontró en un surco que formaba el vallado.

Tomó el látigo por la parte flexible, se acercó á la joven, y casi sin mirarla, se lo presentó dándosele por el puño; pero al cruzar con ella la mirada, el pobre joven sintió flaquear sus piernas, y aflojarse sus dedos hasta tal punto, que el puño del látigo haciendo una báscula, vino á darle precisamente en los labios, cuando pudo muy bien haber sido en la nariz ó en otra parte cualquiera.

La fatalidad es muy ingeniosa.

Fué cuestión de un momento; por la imaginación de la joven cruzó la idea de que aquello había podido parecerse á un conato de beso, y se puso muy encarnada, tomando la fusta con un movimiento rápido.

En cambio, Santiago estaba lívido como un espectro.

V

Afortunadamente un nuevo personaje vino á interrumpir aquella escena muda.

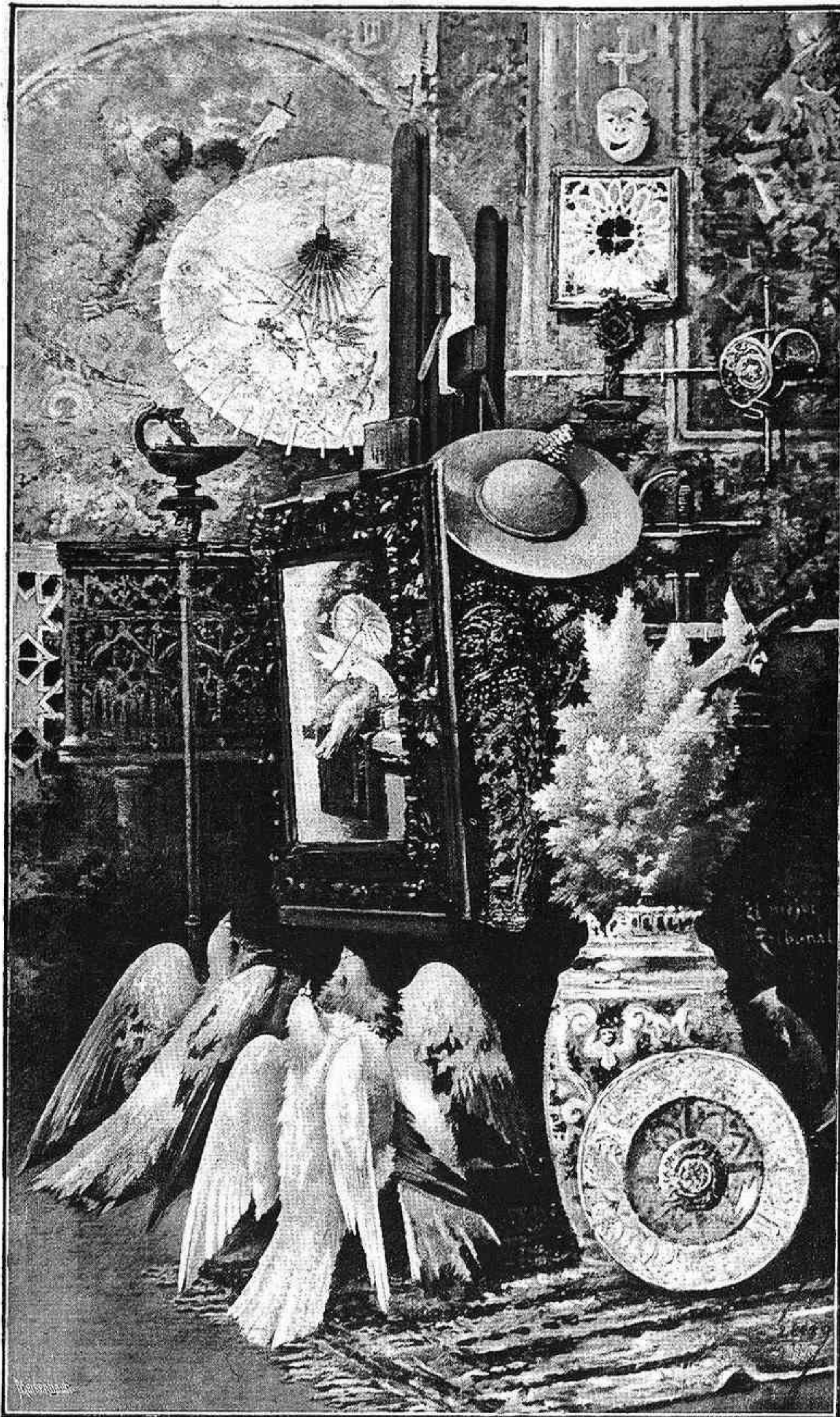
— ¡Gracias á Dios, Aquiles! — exclamó la amazona, — creí que te había tragado la tierra.

— La tierra no, — contestó el aludido, — pero he tenido que habérmelas con el agua. Mira cómo me he puesto.

La joven soltó una carcajada; porque el aspecto del recién llegado no podía ser más deplorable; estaba mojado, salpicado de lodo, y á trechos, de ese légamo verde que se cría en los estanques. Era un joven pálido, raquítico, chiquitín, de ojos apagados, y llevaba el cuello tabicado en un alto corbatín á la inglesa; en una palabra, un gomo perfecto. Con voz meliflua y al propio tiempo estridente, dijo que su caballo había dado un bote de carneiro, precipitándole en el *estanque de los guijarros*.

Los dos jóvenes jinetes saludaron á Santiago y se alejaron comentando el accidente, y dejando á nuestro héroe inmóvil como una estatua.

Por fin este se repuso y se encaminó hacia su casa, maldiciendo á la fatalidad que le había hecho cometer una impertinencia. Tan preocupado se hallaba por su torpeza que no pudo menos de contársela á su tío, como por vía de desahogo.



EL MEJOR JURADO, cuadro de Lengo

— ¡Ah tunante! — dijo el general, — ¿con que besaste el látigo?

— No, tío, pareció que le besaba.

— Vaya, ¿quieres hacerme creer?... ¿Y cómo se llama?

— ¿Quién?

— Ella, la joven.

— ¿Qué sé yo?

— ¿Dónde vive?

— Pero si no la conozco.

— Está bien, — murmuró el general, — pues si llegas á conocerla, Dios sabe lo que hubiera pasado.

Don Blas se hallaba muy satisfecho de la aventura de su sobrino; veía en lontananza una boda y un sinnúmero de sobrinitos saltando en su derredor.

Estuvo preocupado dos ó tres días y apenas paraba en su casa.

Una noche, cuando empezaban á comer, dijo á Santiago:

— ¡Muchacho, gran novedad!

— ¿Pues qué hay?

— Vamos á cazar liebres con galgo.

— ¿En setiembre, tío?

— Pues ahí verás.

— Pero, ¿cómo? ¿dónde?

— Supongo que habrás visto una quinta muy hermosa, que está más allá del *Val*.

— Sí, tío, la he visto de lejos; es del marqués de Montelona.

— Precisamente; ¿le conoces?

— Le he oído nombrar.

— Pues el marqués fué amigo mío en la guerra civil; entonces era capitán y segundón; pero habiendo heredado el título, por muerte de su hermano mayor, ha dejado el servicio militar, y se pasa muchas temporadas cazando por estos alrededores. Yo no lo sabía, hasta que felizmente me le he encontrado hoy; hemos charlado un rato, y conociendo nuestras aficiones cinegéticas, nos ha invitado para pasado mañana...

— ¿A cazar liebres con galgo?

— Sí, hombre, sí.

— Pero tío...

— Eres pesado. El marqués tiene predilección por esta caza, y como gran señor no repara en nada con tal de satisfacer sus caprichos. No lejos de su quinta posee una heredad de mucha extensión, y la tiene siempre en barbecho: ¿comprendes ahora?

— Ya.

— Pues bien, prepárate. Pasado mañana cazaremos con galgo, que es como comer fresas en enero.

VI

El día fijado, á las nueve de la mañana, tío y sobrino se apeaban junto á la verja de la quinta del marqués.

Un criado se llevó los caballos, y el marqués, que paseaba por el jardín y que los vio llegar, salió á recibirlos.

Después de la presentación de Santiago, el dueño de la casa les condujo á un cenador grande, oculto entre el follaje de un sinnúmero de plantas trepadoras y de una parra de uvas tintas.

Hizo pasar primero á sus huéspedes, y no bien nuestro héroe se acostumbró á la penumbra que había en el cenador, se quedó inmóvil de sorpresa y de espanto, porque, ya lo habrá adivinado el lector, en aquel *antro* se encontró con la amazona del látigo.

Había allí, además, otras personas, que fueron presentadas por el marqués en los siguientes términos:

— Mi hija Mercedes.

— Mi sobrino Aquiles.

— Doña Genoveva Zárate.

Cuando Santiago se repuso del aturdimiento producido por aquel encuentro inesperado, pudo reparar en las otras dos personas presentadas además de la temible amazona. En una de ellas reconoció al joven jinete mojado en el estanque de los guijarros; la otra era una señora de edad provechosa, de esa edad temida de las mujeres que tienen pretensiones. Constituían su filiación las siguientes señas: pelo gris peinado en tirabuzones, ojos verdes, nariz chata, boca escueta, busto escuálido, piernas largas y manos descarnadas; todo esto acompañado de una delgadez espectral.

Afectaba un aire digno y sentimental, y á juzgar por el manajo de llaves que pendía de su cintura, ejercía en la casa las funciones de ama de *idem*.

Después de las formalidades de cajón, el general y el marqués se engolfaron en los recuerdos de sus glorias y fatigas guerreras.

Entretanto, y sin casi decir una palabra, Aquiles miraba á su prima, ésta de reojo á Santiago, y éste, como menos peligrosa, á doña Genoveva.

El pobre joven estaba como sobre ascuas, porque se sentía observado, y en su interior maldecía á todas las liebres y á todos los galgos del mundo; y no me atrevo á decir que hasta á su tío, pues sería irrespetuoso.

Por fortuna, el marqués puso fin á aquella embarazosa situación, diciendo:

— He mandado hacer una nueva cuadra y perrera; vengan Vds. á ver qué tal les parece.

Tío y sobrino le siguieron.

Cuando se hallaba á alguna distancia, el marqués gritó al ama de llaves:

— Genoveva, el almuerzo en seguida.

VII

— ¿No vas á acompañar á esos señores? — preguntó Mercedes á su primo.

— No, prima, y no sé cómo el tío los recibe...

— ¿Cómo, qué?

— No me refiero al general, sino á ese joven.

— Pues qué, ¿es algún saltador de caminos? — preguntó Mercedes en tono zumbón.

— No lo tomes á broma; tengo noticias de *ese caballero*.

— ¿Graves?

— Puedes preguntárselas á diez ó doce jóvenes comprometidas por él.

— ¿Es posible? — exclamó Mercedes palideciendo ligeramente.

— Parece ser que ese joven hace el D. Juan Tenorio, un Tenorio de provincia; y casi ninguna se le resiste; ¡verdad es que las mujeres son tan tontuelas!

— ¡Muchas gracias!

— No lo digo por tí...

— De modo que según se ve, ese joven es un monstruo?

— Uno de esos hombres desalmados que han perdido el sentido moral.

Los dos primos, cortando este traje al pobre Santiago,

habían ido al comedor á reunirse con doña Genoveva que se ocupaba en los preparativos del almuerzo, ayudada por una criada llamada Agueda, que medio se había enterado del diálogo antecedente.

— ¡Hablan Vds. del sobrino del general? — dijo. — ¡Buenas cosas se saben de él! A todas da palabra de casamiento y luego...

— ¡Agueda! — interrumpió el ama de llaves, — ocúpate en lo que estás haciendo. Lo demás no te importa.

— ¡Es que ese señorito me da un miedo!...

— ¡Silencio! — dijo Aquiles, — aquí viene.

La criada retrocedió hasta un extremo del comedor. Mercedes, que parecía preocupada, se miró instintivamente á un espejo arreglándose el peinado, mientras que doña Genoveva se frotaba con disimulo las manos para hacerlas perder un plebeyo encarado.

El marqués y todos los demás se sentaron á la mesa. El dueño de la casa colocó al general á su derecha y á su hija á la izquierda, y viendo que Aquiles iba á sentarse al lado de ésta, le hizo una seña y ofreció el sitio á Santiago.

Este, pues, se sentó consternado entre Mercedes y doña Genoveva.

(Continuará)

LAS CUSTODIAS GÓTICAS

de nuestras iglesias

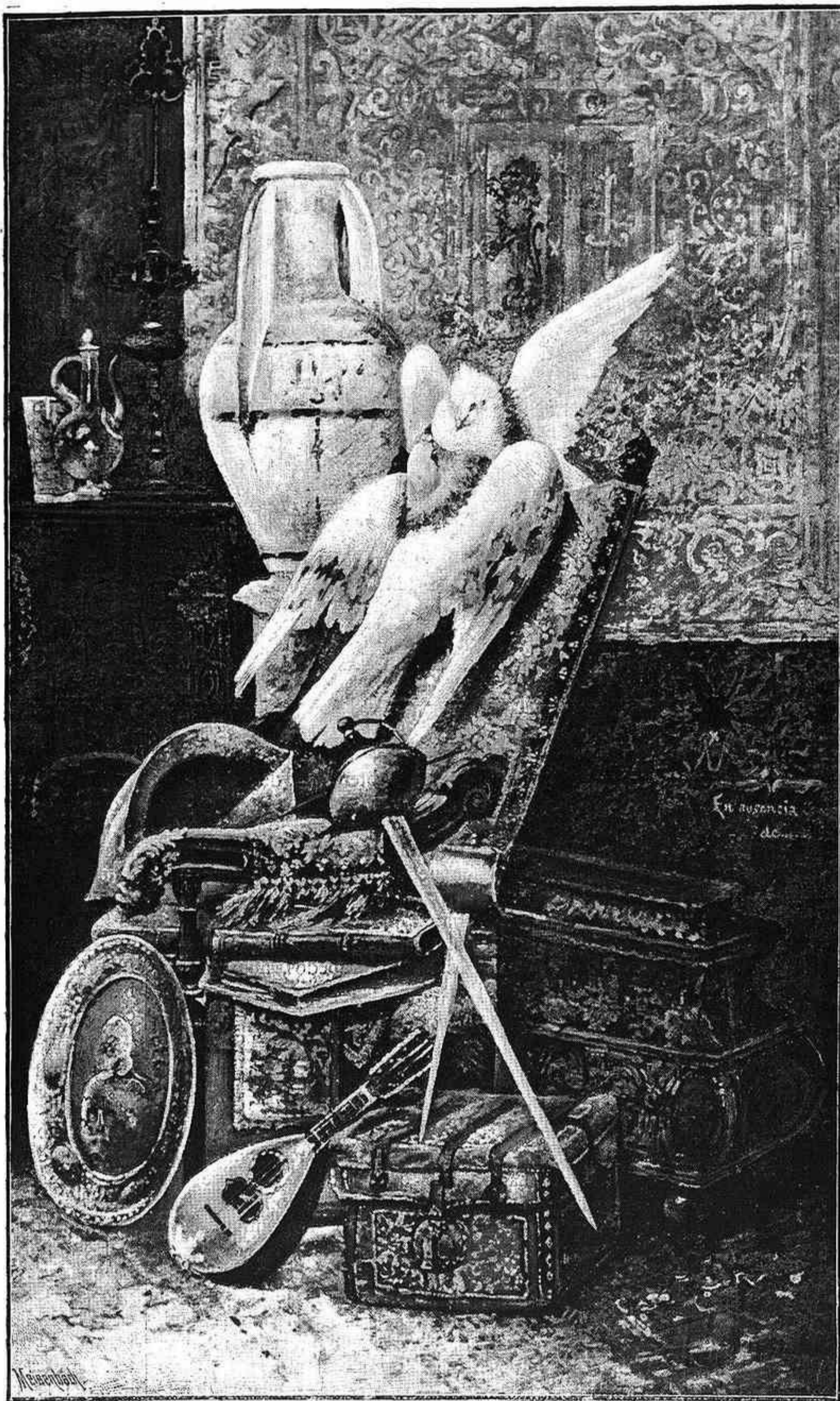
II

Ya se dijo en el artículo anterior que nuestras custodias de la región de Levante constituían una excepción en lo relativo al carácter de su escultura y ornato. Ahora, antes de dar alguna sumarisima noticia de las principales, puede añadirse que, no sólo en aquel sentido, sino en otros que se indicarán, forman un grupo perfectamente distinto de las del resto de España, merced á ciertos caracteres comunes. Las que se tienen por interesantes son de estilo plateresco y doradas las cuatro, á saber: las de Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca. Sería de desear poder comparar con ellas las del reino de Valencia.

Las dos primeras, únicas que he tenido ocasión de ver, son las más importantes, á juzgar por las fotografías y referencias de las otras. La más fina de todas es la de Barcelona. Forma un templete gótico de dos cuerpos y una aguja, que remata en una cruz, todo ello de oro, y un pedestal de plata dorada y gusto algo inferior, en forma de columna como el de los viriles ordinarios; ofreciendo la particularidad de estar cerrada por todos lados, abriéndose sólo por delante con una puerta de trampilla para mostrar el Santísimo. Su decoración es sumamente fina y puramente ornamental, sin una sola estatua, pues cuatro querubines que tiene, con cabezas esmaltadas y las alas de diamantes, pertenecen al estilo del xvii. La adornan multitud de joyas antiguas y modernas, algunas de las primeras de estilo florentino, aunque tal vez catalanas, y el famoso collar del Toisón de Carlos V (al cual falta la insignia), también en el tipo del Renacimiento italiano, con esmaltes blancos y rojos traslúcidos. Por último, se halla colocada sobre el magnífico trono gótico del xv, llamado del rey D. Martín, de plata dorada, cuyos brazos son dos soberbias bichas y de cuyo respaldo, terminado por tres gabletes, arrancan dos varas modernas, á modo de pescante y de mal gusto, que sostienen dos hermosas coronas góticas, con las que se ha querido formar una especie de dosel. La inferior tiene forma de aro torcido en espiral, al modo de las de los Cristos de su tiempo, y una inscripción de esmalte azul; la superior, con hojas ya y menos carácter, es muy interesante también. El peso de la custodia, con sus joyas y trono, es de ciento ochenta kilogramos y de doscientos sesenta con las andas que posteriormente se le añadieron para llevarla en procesión.

Según parece, en la iglesia del Pino de la misma ciudad, se conserva otra custodia gótica, del propio tiempo; pero no la conozco ni he podido hallar informes suficientes.

Es la catedral de Gerona famosa en la historia de la platería española por el magnífico altar y baldaquino del siglo décimocuarto, únicos en España. Pero su custodia, menos fina que la de la ciudad condal, y la más alta quizá entre todas las de este grupo, tiene una disposición análoga á la de aquella, salvo que la planta es prolongada



EN AUSENCIA DE... cuadro de Lengo

y que está abierta por todos lados. Consta igualmente de dos cuerpos, sobre un pie de columna también, y la corona una esbelta aguja que remata en una cruz. Es de oro con profusión de piedras finas. Tiene doce estatuas, seis en cada cuerpo, con más, dos ángeles en el interior del primero adorando la Forma colocada en el viril de costumbre; las cabezas y manos de estas figuras están pintadas. Afean el conjunto, de muy bella proporción, algunas adiciones modernas, y en particular dos borlones barrocos de oro y pedrería, añadidos pocos años há. Por último, está hecha á mediados del xv por Francisco Artau, platero gerundense, y pesa más de 120 kilogramos.

La de Vich, más modesta que las precedentes, tiene sobre ellas la cualidad de ser quizá la más antigua que se conserva hoy, pues ya estaba hecha en 1413, época en que la donó á la catedral el canónigo Despujol (1). Es de plata dorada y corresponde al mismo tipo y planta que la de Gerona; pero tiene un solo cuerpo, abierto, colocado sobre un pedestal análogo al de las otras y termina en una aguja que lleva por remate una cruz. En dos contrafuertes laterales, se hallan las estatuillas de S. Pedro y S. Pablo, bajo doseletes, de que arrancan dos botareles que sostienen la aguja. — Finalmente, la de Palma de Mallorca pertenece al mismo orden y estructura; un pie gótico moderno la sostiene y carece de estatuas.

Respecto de los caracteres diferenciales entre este grupo oriental y las del tipo que podríamos llamar castellano, sólo disponiendo de más tiempo y de mayor conocimiento de este arte y su historia sería dado determinarlos con exactitud. Sin estos elementos, poco puede decirse. Cabe únicamente indicar que las custodias de esta región parecen guardar mayor analogía con la escultura italiana, y ser por tanto más clásicas, según acontece también en los monumentos de su arquitectura; en lugar de seguir las

(1) Debo este dato á la bondad del capitular D. Jaime Collell, entusiasta favorecedor de la arqueología. No he podido ver la custodia, y si únicamente su fotografía en el pequeño, pero muy interesante museo de la Sociedad Arqueológica de aquella ciudad.

huellas del estilo flamenco, preponderante en el último gótico de Castilla, donde puede afirmarse, por ejemplo, que Enrique Arfe es en la platería lo que en la estatuaria Gil de Siloe, el afamado artista de la Cartuja de Burgos.

Entrando en otros pormenores, tal vez podrían citarse como rasgos comunes, los siguientes:

1.º La disposición general del templete, que descansa sobre un pie en forma de vástago, al modo de los ostensorios y viriles, difiere de la estructura más arquitectónica, por decirlo así, de las demás, colocadas sobre un simple zócalo ó basamento, más ó menos rico, que mantiene mejor el carácter constructivo de la obra.

2.º Su planta, generalmente, se halla determinada por dos ejes desiguales, resultando de esta suerte prolongada, con la admirable excepción de Barcelona.

3.º La decoración, quizá más menuda que la de las castellanas, aunque no por esto más fina que las de Córdoba y Toledo por ejemplo, corresponde más bien al tipo del bajo relieve con muy escaso realce, que al de la filigrana, á que se aproximan las líneas, cordones, hojas y demás elementos delicados, pero de bulto, que presentan las de Castilla.

4.º La frecuencia de carnaciones pintadas en las figuras, nueva señal tal vez del influjo de Italia, recuerda las estatuillas con cabezas esmaltadas de aquella península, á imitación de las cuales se pintaron tal vez las catalanas.

Estas observaciones, sin embargo, pueden ser inexactas y son de seguro por demás deficientes. A personas de mayor competencia toca completarlas y rectificarlas. De todos modos, lo que puede asegurarse es que el tipo de nuestras custodias levantinas, como el de todo el arte de esta región, obedece marcadamente al influjo clásico italiano. Visible es también en las obras del Mediodía de Francia; pero tal vez fué más preponderante aún entre nosotros, donde halló escasa resistencia en los elementos locales, mientras que el empuje del arte grandioso románico-ogival de nuestros vecinos no pudo menos de contrarrestar aquella acción y contenerla en más estrechos límites. Así, por ejemplo, se observa que la arquitectura y la escultura de la Edad media en nuestra costa oriental presenta un carácter extraordinariamente clásico, muy diverso de los tipos genuinos medievales que en Toledo,

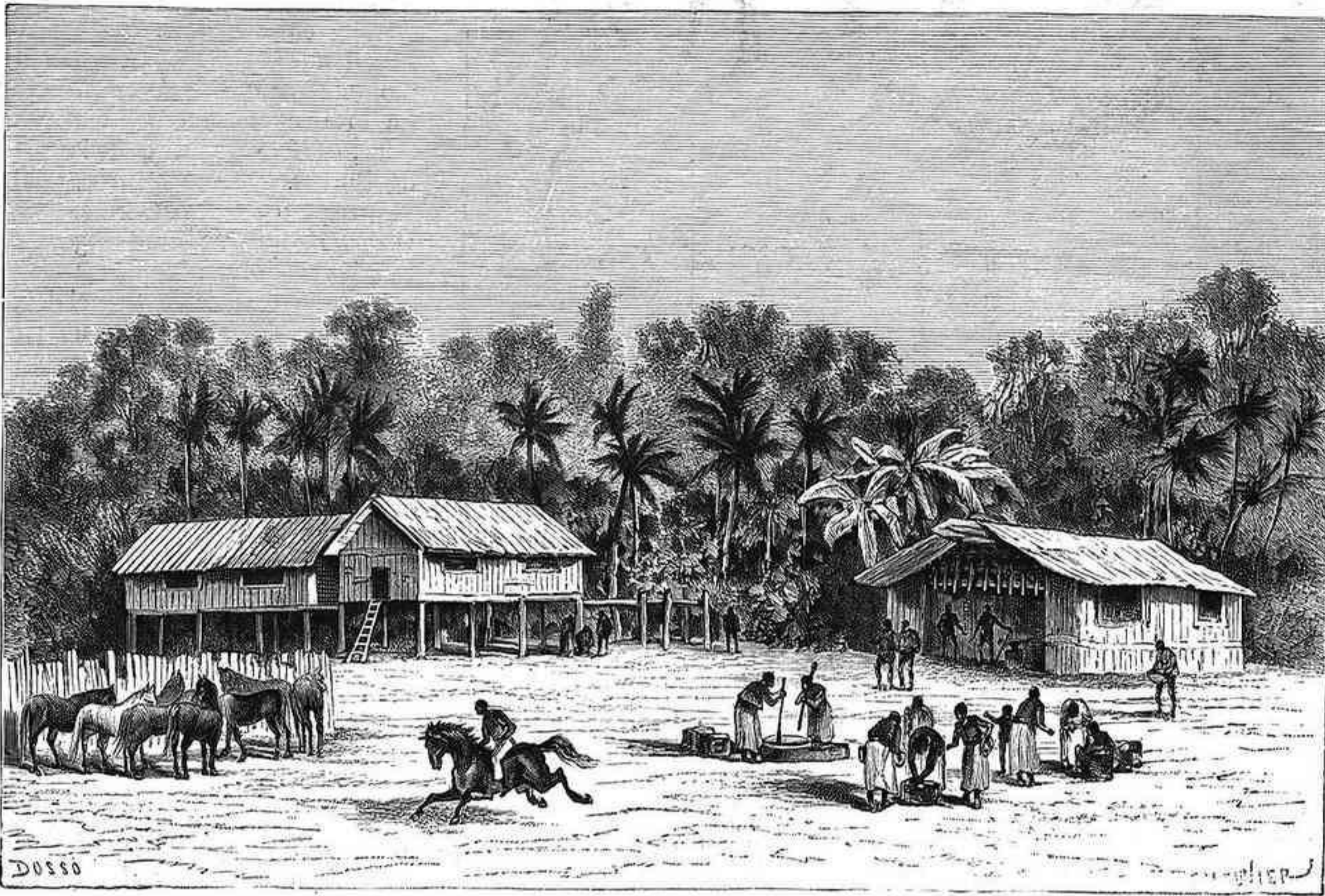
en León, en Santiago, en Avila, por ejemplo, se ofrecen. Para un templo como la maravillosa catedral vieja de Lérida (de las más hermosas de Europa y convertida para vergüenza é ignominia nuestra en cuartel), que pertenezca de lleno al puro estilo románico-ogival, dentro de la corriente general de su tiempo — y aun esto no sin ciertos elementos clásicos, en sus incomparables capiteles — la mayoría de los edificios catalanes y valencianos de los siglos xi al xiii corresponden á un género peculiar (2) que vacila entre los dos factores y rara vez acepta con franqueza los principios del arte medieval, ni en la estructura, ni en la ornamentación. Esculturas hay del xii y hasta del xiv, que parecen obras de la decadencia latina; las pinturas son más giotescas que en el resto de España; y de la romántica y noble catedral de Barcelona, puede quizá decirse, aunque de otra manera, lo que de los hermosos monumentos góticos de la Italia central: que son muy hermosos, pero que no son góticos.

Parece como si hubiese también en el genio mediterráneo de nuestra zona oriental un resto más potente é indómito de clasicismo que en el resto de la península. Las catedrales de Santiago y León son más francesas que españolas y responden á los más puros tipos de sus estilos respectivos; Toledo y Avila son más nacionales; los monumentos del E., más italianos, á pesar del influjo incontrovertible de los elementos locales y franceses.

Por este orden de ideas, una vez concienzudamente aquilatadas, y aplicadas con inteligencia á la orfebrería de aquella risueña é industriosa región, podrá explicarse la diferencia entre sus custodias góticas y las de otras comarcas de nuestro pueblo, por fortuna tan rico todavía en variedad y espíritu provincialista, á pesar de la centralización que en vano ha pretendido ahogarlos.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

(2) En los resúmenes que de las interesantes conferencias sobre *L'art romanich á Catalunya*, dadas en la importante y benemérita *Associació catalanista d'excursions científicas* por D. Joaquín Olivó publicó *L'Excursionista* en 1883, pueden hallarse algunas pruebas de esta afirmación.



Viaje á Filipinas. — La ranchería de Mani

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

VI

ASCENSIÓN AL VOLCÁN APÓ

Octubre 1880. — De vuelta á Davao, el gobernador me dice que acaba de celebrar una entrevista con el dato Mani, jefe de la más numerosa y terrible de las tribus de Bagobos que habitan en las pendientes orientales del volcán Apó, impidiendo á los Infieles, así como á los *Castillas*, acercarse á dicho punto, pues según su religión, es un lugar sagrado, santuario de un temible *Mandarangan*; y si le dejasen profanar, resultarían las más espantosas desgracias.

Este Mani, aunque asaz inteligente, creía que sus dominios eran inaccesibles á los españoles de Davao, basándose sin duda su convicción en el mal éxito de algunas expediciones que tuvieron por objeto la ascensión del Apó (1). Mani era para Davao un vecino incómodo; alguna falta más grave que las otras impidió al gobernador anterior, D. Faustino Villabrilie, que llevando consigo veinte hombres, presentóse una mañana donde estaba Mani con toda su tribu, y le cercó. El jefe, Bagogo pidió y obtuvo gracia; y aprovechándose de esta sumisión reciente, el comandante Rajal ha procedido con tal destreza, que vuelve á Davao trayéndome el consentimiento de Mani para que pueda visitarle. El Bagogo no se opondrá á la ascensión al volcán; muy lejos de ello, me servirá de guía, absteniéndose de sacrificar esclavo alguno para calmar el enojo de su dios.

El amable gobernador, resuelto á intentar la ascensión lo más pronto posible, me propone acompañarme, y acepto su cordial ofrecimiento con el mayor gusto. Muy pronto quedarán terminados nuestros preparativos; nos acompañan algunos indígenas, y además ocho soldados provistos de carabinas, que nos servirán á la vez de escolta y de mozos. Importa determinar lo más exactamente posible la altura del Apó, pues la que se expresa en las cartas geográficas sólo puede ser aproximada, atendido que no se ha explorado nunca la montaña. El obsequioso comandante de la estación naval, D. Enrique Ramos, viene en mi auxilio con su bondad acostumbrada, aviniéndose á examinar el barómetro seis veces diariamente, así como el termómetro y el higrómetro, en la estación naval de Davao; provisto de los mismos instrumentos, observaré en el curso de la ascensión cuanto sea posible á las mismas horas; y de nuestras observaciones comparadas deduciremos la altura. Esta colaboración será un favor más sobre los que debo á este distinguido oficial, que no ha dejado de poner á mi disposición con la mejor voluntad los numerosos y útiles recursos de que su mando le permite disponer.

5 octubre. — Desde la víspera, los soldados indígenas, á las órdenes de un sargento europeo, se han dirigido por mar á la playa de Sibulan; y á las seis de la mañana montamos á caballo. El Apó, cuya cima está en parte velada por los vapores de la mañana, desaparece muy pronto completamente de nuestra vista, pues hemos comenzado á internarnos en los profundos bosques que cubren su falda y se extienden al pie.

Nuestra reducida caravana se compone del P. Mateo Gisbert, agregado á la misión de Davao, y de los señores

don Ramón Lon y Albareda, subteniente de infantería, don Ramón Cordero, D. José María Campo, y D. Rafael Martínez.

Después de recorrer un camino bastante largo en medio del bosque, donde se encuentran algunas estaciones de los Guiangas, nuestros caballos vuelven á pisar con gusto el suelo unido de la playa; la fina arena, ligeramente húmeda, conviene admirablemente para la carrera, y no pudiendo contener á nuestros cuadrúpedos, alojamos la rienda. Uno de los jinetes ha conseguido adelantarse; pero la cincha de su silla se rompe y rueda sobre la arena; como todos vamos á escape, pasamos por encima; mas por fortuna, el jinete caído sale del apuro con algunas contusiones sin gravedad. A eso de las tres, al llegar á Binugao, vasta caseta situada en la playa de Sibulan, encontramos á nuestros soldados y al jefe Mani, á quien acompaña una escolta de un centenar de indígenas, jinetes y peones, armados todos con lanzas. Mani dice que aquella numerosa escolta tiene por objeto honrarnos, y nosotros aparentamos creerlo. Los Bagobos, muy aficionados á la carrera, desafían á nuestros muchachos, y después de lucirse más ó menos, se emprende la marcha, de espalda al mar; las primeras pendientes se franquearon siguiendo la senda que conduce á la ranchería de Mani.

Esta primera parte del camino no presenta ninguna dificultad; más allá de un bosque bastante accidentado cruzamos por unas mesetas suavemente onduladas, donde

hay barrancos profundos, cuyo lecho está cubierto de rocas volcánicas.

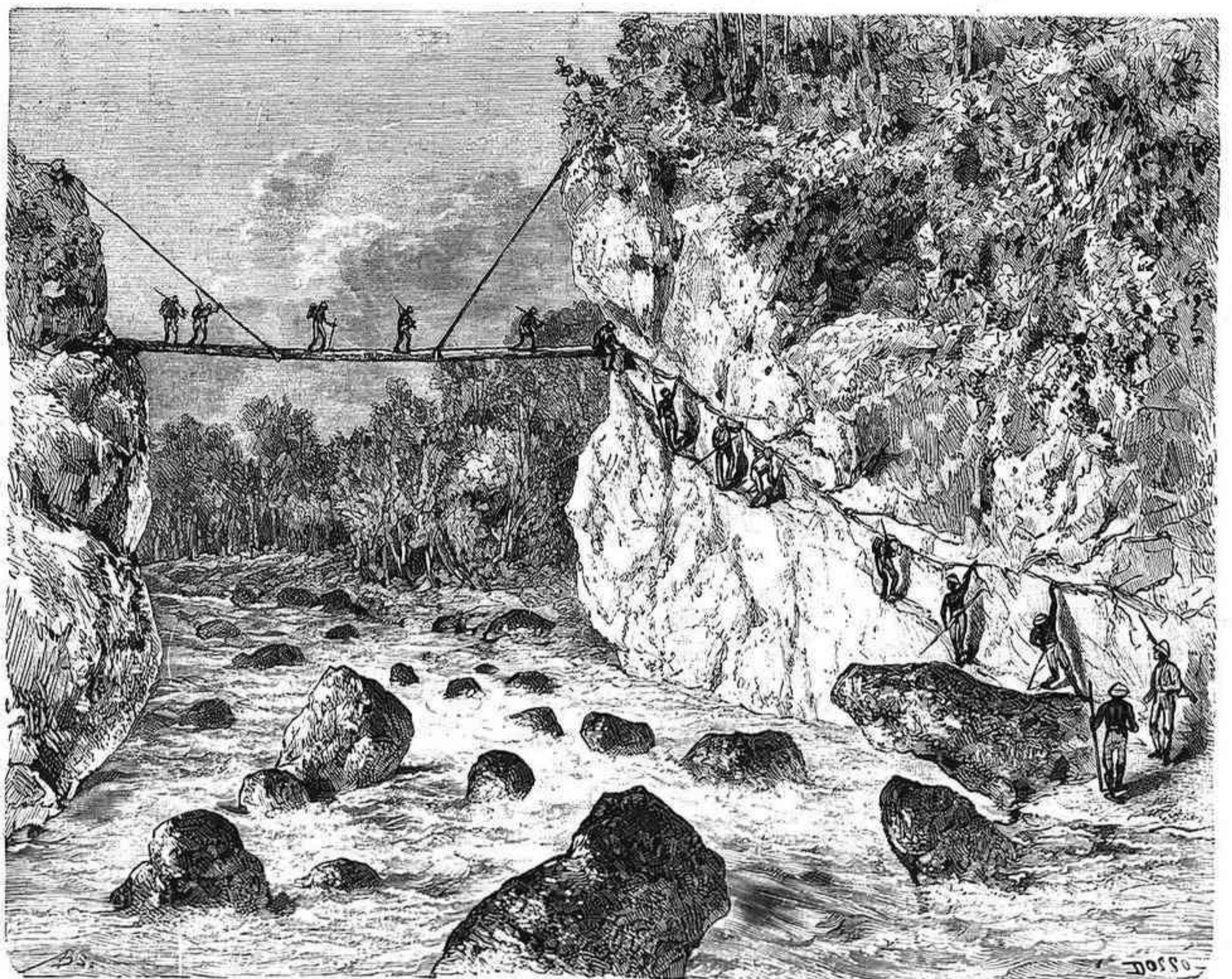
A las siete de la tarde llegamos á la caseta de Mani (altura seiscientos trece metros); es muy grande, y está circuida de otras más pequeñas y de desmontes bastante extensos, alrededor de los cuales sólo se ve bosque. Todas estas casetas, muy altas, están sostenidas por troncos de helechos arborescentes; la maravilla de esta ranchería es una fragua provista de un yunque, objeto de envidia de todos los Infieles y de los Moros de la región; es casi el único útil fijo de esta fábrica, que produce, sin embargo, muy buenos *kriss*.

Las mujeres y el padre de Mani nos reciben en la extremidad superior de la escala por donde se sube á la caseta señorial: el padre del jefe es un anciano más que octogenario, aquejado de una doble catarata y no se separa nunca de su última mujer, joven de catorce años.

El 6 por la mañana, nuestra escolta de lanceros ha disminuído algún tanto por las deserciones, pues los Infieles temen que les obliguemos á conducir nuestros víveres. Mani, al parecer lleno de bondad, aconseja secretamente á los hombres que rehusen toda carga; pero es preciso llevar víveres; y como todas estas dificultades nos hacen perder tiempo, no podemos marchar hasta las doce del día.

Después de franquear un torrente muy encajonado, que fatiga bastante á nuestras monturas, cruzamos una meseta de suelo bastante unido, y se puede avanzar cómodamente á través de un bosque en que á los altos árboles se suceden inmensas espesuras de bambúes, cuyos retoños vigorosos elevanse á la altura de treinta ó cuarenta pies. Una lluvia torrencial, mezclada con violentas ráfagas de viento, nos detiene algunos instantes, y al continuar nuestra marcha nos encontramos al borde de un barranco cortado á pico, impracticable para los caballos. Con no poco sentimiento debemos apearnos, pues no se tiene la seguridad de volver á encontrar estos excelentes cuadrúpedos. Los soldados indígenas reciben algunos bagajes más, y llegados á la rápida pendiente, cubierta de bosque, bajamos, subimos y volvemos á bajar, hasta que al fin damos vista á las orillas del río Tagulaya, ancho, profundo, y crecido con las aguas de un afluente. Le franqueamos por un puentecillo compuesto de un solo bambú; los Bagobos, que van descalzos, pasan fácilmente, como unos acróbatas, buscando apenas un ligero punto de apoyo en su lanza; mas para nosotros, la cosa no deja de ser difícil. En la orilla opuesta, el puente termina en un muro de rocas verticales, unido y muy alto, que es preciso escalar elevándose á fuerza de puños á lo largo de un bejuco. Este paso es muy enojoso, pues debajo, á treinta pies de profundidad, las aguas del Tagulaya se arremolinan en medio de rocas agudas. ¿Cómo podrán pasar nuestros hombres, cargados con sus armas y bagajes? Este arriesgado ejercicio me parece inexplicable.

Durante este difícil paso, nuestra columna, que formaba una larga línea, concéntrase bastante penosamente á pocos pasos más lejos en una estrecha lengua de tierra, casi al nivel del torrente, y allí se establece nuestro campamento, en medio de los primeros helechos arborescentes. La garganta, llena de animación por el furioso remolino del Tagulaya, y por las bandadas de tórtolas y otras



Viaje á Filipinas. — Puente de bambú sobre el río Tagulaya

aves, es verdaderamente fantástica. He descubierto en la arenosa playa una grieta horizontal, y allí paso con bastante comodidad la noche, oyendo el ruido del torrente, y contemplando las aguas que caen con estrépito.

7 octubre. — A las siete de la mañana estamos en medio

del Tagulaya, que se desliza ruidosamente en un tortuoso desfiladero, y como sus paredes son verticales, debemos renunciar á la esperanza de avanzar por la orilla.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

(1) Oyanguren la intentó en 1859 á la cabeza de 67 soldados, y su infructuosa tentativa le costó 20 hombres. En 1870, el gobernador Real hizo otra tentativa, que no dió mejor resultado, si bien no costó la vida á ninguno.